



Busto de Sócrates.
Museo Nacional de las
Termas, Roma.

La importancia de Sócrates

Podemos ubicar el nacimiento de Sócrates alrededor del año 470 a.C., en Atenas. Vivió el mejor período cultural de Atenas. Ésta es la época conocida como "siglo de Pericles" o la edad de oro ateniense. En ella se embellece la ciudad gracias al arte de escultores y arquitectos, se facilita el acceso del pueblo a las representaciones teatrales de los poetas trágicos (Esquilo, Sófocles, Eurípides) y los cómicos (Aristófanes), y se amplía la participación de los ciudadanos en las asambleas públicas mediante pagos de indemnizaciones, para que no sólo participen los de holgados recursos económicos.

En este clima social, la reflexión se concentró en los problemas relacionados con las acciones morales y el sentido de la vida personal y política. Si caracterizamos el período presocrático por la pregunta sobre la naturaleza, con Sócrates se observa un giro hacia los problemas ético-políticos.

En realidad, Sócrates no escribió ninguna obra. Probablemente se lo vería por las calles y plazas de Atenas conversando con los jóvenes acerca de la vida política de los ciudadanos atenienses.

Pero no era el único. Al ampliarse la base de los que participaban en las asambleas y en las magistraturas se evidenció la necesidad de una educación que no se redujera a la música, la gramática y la gimnasia, típica en la época. Se requerían nuevos aprendizajes para poder exponer y argumentar las ideas en los debates. Esta situación político-social impulsó la llegada de maestros de diferentes regiones de Grecia, atraídos por este fermento cultural.

Así convivieron en la Atenas de estos años personajes como Protágoras de Abdera, Hippias de Elis, Gorgias de Leontini, etcétera. Éstos se llamaron a sí mismos **sofistas**. Sofista era el sabio que hace sabio a otros, a diferencia del filósofo que desea la sabiduría porque no la posee, ya que ella es propia de la naturaleza divina. Los sofistas y Sócrates constituyen dos posiciones diferentes frente al saber.

Los primeros sofistas ejercieron una crítica mordaz sobre las instituciones aristocráticas, las costumbres y la religión oficial.

Protágoras, por ejemplo, enseñaba la técnica de fortalecer el argumento más débil en una discusión; esto no significa necesariamente estar a favor de la injusticia o de la maldad sino aprender el arte de sostener las propias opiniones y ser capaces de ganar en los debates de las asambleas públicas. Gorgias, además de ser un reconocido maestro de retórica, se preocupó por teorizar acerca de la vertiente estética de la lengua y la esencia de la poesía. No formaron una escuela organizada y los continuadores del movimiento sofístico carecieron de la calidad intelectual de los fundadores.



¿Sabías que...?

Protágoras se consideraba a sí mismo un sofista. Hegel los apreció como los primeros maestros de Grecia; sustituyeron a los poetas y a los rapsodas; a través del manejo del lenguaje, la gramática y la retórica, del conocimiento de las ciencias, la música y la matemática, enseñaban a orientarse en las relaciones de la vida por medio del pensamiento en una época de profundos cambios políticos y económicos como fue el siglo de Pericles.

Para Platón, en cambio, eran personas indecorosas que comerciaban con el saber y que estaban dispuestas a defender y a enseñar tanto lo verdadero como lo falso, según su conveniencia.

El método socrático

La forma elegida por Sócrates para la enseñanza era el diálogo, privilegiando la función de preguntar más que la de contestar los interrogantes que se planteaban. Las respuestas dadas por el maestro podían correr el riesgo de cerrar la discusión, provocar la ilusión de que se había alcanzado "la verdad" o que se sabía todo. Prefería, en cambio, provocar la reflexión del discípulo para que por sí mismo descubriera la verdad.

Sócrates sostenía que este método lo había aprendido de su madre, quien en su oficio de partera ayudaba a dar a luz. La misión de él consistía en ayudar a dar a luz un conocimiento que ya estaba en el discípulo.

Estos conocimientos se organizaban a partir de las preguntas del maestro. Éste no tenía como función transmitir un saber sino, más bien, provocar su búsqueda.

A este método lo llamó **mayéutica**. Y consistía en interrogar acerca de un problema que supuestamente el oyente dominaba por ser su ocupación u oficio (por ejemplo, preguntar al militar por el valor, o al juez por la justicia, etcétera); a través de preguntas hábilmente formuladas llevaba al interlocutor a una contradicción con lo que había afirmado en el punto de partida. El sujeto en cuestión se mostraba incapaz de expresar clara y conceptualmente aquello en lo que se le había interrogado. Sócrates utilizaba la ironía para desenmascarar ese supuesto saber, y así darle la ocasión a su interlocutor de reconocer su ignorancia. Éste es el momento de la refutación, verdadera catarsis (liberación) intelectual, en la que el otro descubre que no sabe lo que creía saber. Lo que se le aparecía como obvio o ya sabido era un saber que poseía pero sobre el cual no había reflexionado. De aquí la afirmación socrática: "sólo sé que no sé nada", verdadero principio de la sabiduría. Saber que no se sabe, o sea adquirir la conciencia de la propia ignorancia, es el primer escalón de la sabiduría. Alcanzado este momento, el diálogo es conducido por el interrogador desde los casos concretos, creencias y opiniones hasta el concepto universal.

Sócrates sostenía que esta tarea suya le había sido revelada por el dios Apolo y su misión era despertar la conciencia de sus conciudadanos. Actuar como un "tábano" sobre los atenienses, estimulando un examen de conciencia. Esto constituía para él un deber moral, aunque a muchos atenienses les resultara un personaje molesto.

Y de hecho fue acusado y condenado a muerte en el 399 a.C., bajo el cargo de enseñarles a los jóvenes a no respetar las leyes y los dioses de la ciudad. La *Apología de Sócrates*, escrita por Platón, es un hermoso testimonio de la actitud de Sócrates ante la vida y la muerte.



Alcibiades recibiendo las lecciones de Sócrates, por François André Vicent (1777). Museos de Pontoise.

Platón fue su discípulo de mayor genialidad e influencia en la historia de la filosofía. Nunca dejó de colocar a su maestro, ni aun en la propia vejez, como el personaje principal de sus diálogos, demostrando así su admiración y agradecimiento.

A Sócrates y a Platón debemos agregar el nombre de Aristóteles, filósofo que fue, a su vez, discípulo de Platón. Ellos son los tres filósofos más importantes de Grecia. A lo largo de este libro podremos notar la relevancia que han tenido y tienen sus pensamientos para toda la filosofía e incluso la de nuestros días.



¿Sabías que...?

Friedrich Nietzsche (1844-1900), en su obra *El origen de la tragedia*, acusa a Sócrates de haber destruido el mundo dionisiaco e imponer un mundo apolíneo.

Para Nietzsche, el dios Dioniso representaba la energía vital, el desborde de los instintos y la inagotable fuente de la creación en un mundo sometido a las fuerzas implacables del Destino. Éste era el espíritu de la tragedia. En cambio, el dios Apolo era el dios de la armonía y de las proporciones, de una belleza serena y prolija.

Según Nietzsche, Sócrates inauguró la reflexión racionalista en el orden moral al considerar que el malvado era tal por ignorancia del bien y que, por lo tanto, la virtud podía ser enseñada; de este modo preparó una concepción de mundo ordenado, apolíneo, que suprimía los excesos y que, en consecuencia, esterilizó la capacidad de creación.

Trabajemos

1. ¿Escucharon alguna vez decir que una persona es un sofista? Busquen en un diccionario la definición de este término. ¿Se acerca más a lo que piensa Platón o a lo que piensa Hegel? ¿Qué elementos han sido dejados fuera del concepto actual del término? Fundamenten su respuesta.

2. A partir del método socrático, analicen la siguiente expresión:

Por tu mediación dije más de lo que tenía en mi pensamiento.

PLATÓN. *TEETETO*.

3. Una obra interesante es la *Apología de Sócrates*, escrita por Platón. En ella se expone el juicio por el cual Sócrates es condenado a muerte. Los invitamos a leerla y les ofrecemos algunas propuestas a modo de orientación.
 - ▶ Extraigan del texto las acusaciones contra Sócrates.
 - ▶ Enuncien los argumentos con los que Sócrates enfrenta esas acusaciones.
 - ▶ Expliquen cómo descubrió Sócrates cuál era su misión en la vida. ¿Es importante que una persona conozca su vocación y viva en concordancia? Fundamenten su respuesta.
 - ▶ Sócrates tuvo la oportunidad de retractarse y también de escapar. ¿Por qué no lo hizo y eligió morir? ¿Están de acuerdo con su elección? Fundamenten su respuesta.
 - ▶ Si fueran el abogado defensor de Sócrates, ¿qué dirían en el alegato final antes del veredicto?

La filosofía helenística

La transformación política y cultural que aparejó el imperio de Alejandro Magno (356-323 a.C.) significó el fin de la *polis* como centro de la vida del pueblo griego, así como también la extensión de la cultura griega a los distintos pueblos conquistados, antes considerados bárbaros. Atenas fue perdiendo su brillo frente al surgimiento de otros centros culturales, entre los que se destaca la ciudad de Alejandría, famosa por su cuantiosa biblioteca, reservorio del saber de la humanidad para los siglos venideros. A este período se lo llamó **época helenística**.

Como escuelas filosóficas de este momento podemos destacar el **epicureísmo**, el **estoicismo** y el **escepticismo**, del cual hablaremos en la sección dedicada a Teoría del conocimiento.

El epicureísmo

Surgió en Atenas hacia fines del siglo IV a.C. A diferencia de la Academia platónica y del Liceo aristotélico, Epicuro (341-270 a.C.) fundó el Jardín en las afueras de Atenas, lejos de la vida ciudadana donde había surgido la filosofía. La filosofía para Epicuro se divide en lógica, física y ética o filosofía práctica. Podemos decir que el epicureísmo se centra principalmente en problemas de filosofía práctica. Es pobre el planteo de cuestiones de tipo metafísico y religioso.

Para Epicuro el bien consiste en el placer como ausencia de dolor corporal y ausencia de inquietud en el alma. No se trata del placer como disfrute descontrolado de los sentidos, ya que quienes así interpretan la doctrina no la comprenden, porque la vida disipada no conduce a la felicidad. Se trata más bien de centrar el deseo en lo que es necesario para la vida y prescindir de todo lo que es superfluo, ya que ello genera inquietud. El hombre aspira a la felicidad y ésta consiste en la ausencia de perturbación. Para esto no necesita de la vida institucional, ni de la riqueza, ni de títulos de nobleza, pues todo esto genera dependencia, inquietud por mantener lo que se tiene y, por consiguiente, infelicidad. Lograr la autarquía es para el hombre su mayor felicidad. Leamos un texto de Epicuro que cita Hegel en las *Lecciones sobre historia de la filosofía*:

Por tanto, cuando hacemos del placer el fin del hombre, no nos referimos a los placeres orgiásticos, como a veces se entiende falsamente, sino a un estado en que el hombre no sufre padecimientos físicos ni nada que inquiete su espíritu. Y esta vida dichosa sólo nos la procura la serena razón, que investiga las causas de toda elección y de toda repulsa y se encarga de eliminar las opiniones que más convierten al alma en prisionera de la inquietud. Es preferible ser desgraciado con arreglo a la razón que feliz en contra de ella, pues vale más que el hombre enjuicie acertadamente sus actos a que sea favorecido por la suerte. Reflexiona acerca de esto de día y de noche y no dejes que nada te prive de la paz del alma, para que vivas como un dios entre los hombres, pues el hombre que obre así nada tendrá de común con los mortales que viven entregados a los bienes muertos. El principio y el bien más grande de ese hombre es la racionalidad, que es, por tanto, algo más excelente que la filosofía; de ella nacen todas las demás virtudes.



Alejandro Magno.
Fragmento de la batalla de
Issos. Museo de Nápoles.

Dirección General de Escuelas y Cultura
de la Pcia. de La As.
Dcción. de Educ. Media Técnica y Agraria
E.E.M. No 3 S. Cite. del Tuvú

El estoicismo

A fines del siglo IV, unos años después de la fundación del Jardín, surgió en Atenas la escuela estoica, fundada por Zenón de Citio, ciudad de la isla de Chipre. Desarrollaron problemas de física, de lógica pero sobre todo de filosofía práctica, ya que para estas escuelas:

La filosofía estaba considerada entonces como una cuestión propia de la vida, y de la vida en su totalidad; no era una enseñanza que se podía cursar rápidamente, para pasar en seguida, corriendo a otra materia.

Para los estoicos el placer no es el fin de la vida del hombre sino a lo sumo una consecuencia. Vivir para el hombre es apropiarse de su ser y de todo lo que sea adecuado para conservarlo. El hombre es un ser racional y vivir acorde con ésta, su naturaleza, consiste en vivir con mesura conciliándose con la razón. Al respecto, dice Hegel:

Todo lo que en el hombre hay de naturaleza instintiva debe ser modelado por la razón. Ella es la gran escultora, la que convierte en una obra de arte lo que en el animal es puro instinto. Por eso para los estoicos, vivir conforme a la naturaleza significa vivir de un modo racional.

La naturaleza racional del hombre lo conduce a la virtud. Vivir conforme a la naturaleza racional es para el hombre la virtud. Éste es el bien supremo, el fin último de los actos humanos y la fuente de la felicidad para el individuo. El placer puede añadirse o no a la vida del hombre virtuoso. El hombre virtuoso se repliega sobre sí mismo, se identifica con su razón y por ello es indiferente al placer, al dolor, a los reclamos de sus tendencias y de sus pasiones. Aunque este hombre padezca desgracias y sufrimientos se mantendrá inmovible ante ellos. Por eso sólo el hombre virtuoso es sabio, y sólo el sabio es verdaderamente libre. Dice Zenón:

El sabio vive libre aunque se halle cargado de cadenas, pues obra por sí mismo, sin dejarse ganar nunca por el miedo ni la apetencia.



¿Sabías que...?

El término *estoico* deriva de la palabra griega *stoa*, que significa pórtico, lugar donde Zenón impartía sus enseñanzas. A sus seguidores se los llamó los **filósofos del Pórtico**. Algunos sostienen que enseñaba allí porque, como no era ciudadano ateniense, no podía tener un edificio de su propiedad. Ese pórtico se hallaba decorado con pinturas de Polígnoto.



Stoa de Atalo, en Atenas.

La filosofía después de los filósofos griegos

Como ya va resultando obvio, la filosofía no terminó con los filósofos griegos, sino que a partir de ellos se desarrolló y dividió en distintas ramas a lo largo del tiempo. Su influencia ha sido decisiva en todos los cambios radicales que se han ido efectuando en la historia de Occidente.

Filosofía y cristianismo

Uno de los primeros puntos que deben tenerse en cuenta es la influencia que filósofos como Platón y Aristóteles han tenido en la formación de las ideas fundamentales del cristianismo, tanto en el pensamiento desarrollado durante los primeros siglos de esta era por los Padres de la Iglesia, como en el apogeo de su filosofía con la escolástica, en el período comprendido entre los siglos XI y XIII.

Desde sus comienzos, el cristianismo ha visto a la filosofía como un medio propicio para entender y profundizar el misterio revelado por la fe. En los más importantes pensadores cristianos, como San Agustín y Santo Tomás de Aquino, podemos reconocer el fuerte influjo del pensamiento de Platón y de Aristóteles respectivamente.

San Agustín pensaba que la fe y el entendimiento filosófico no se oponen, sino que son complementarios: uno contribuye al crecimiento del otro. Es necesario creer para comprender, y comprender para creer.

A partir del siglo XI, con la traducción al latín de las obras de Platón y de Aristóteles, se produce un resurgimiento de la filosofía que va a culminar en la obra más elevada del pensamiento cristiano: la *Suma Teológica*, de Santo Tomás de Aquino. En el pensamiento de Santo Tomás, la fe y la razón no sólo son complementarias sino que, además, cada una de ellas posee su ámbito de supremacía. Todas aquellas verdades que podemos conocer a través de nuestras experiencias deben ser alcanzadas mediante el recto uso de la razón, pero, respecto de aquellas que nos han sido reveladas, la razón debe ir detrás de la fe, la filosofía debe ponerse al servicio de la teología.

Sin duda todas estas cuestiones se mantienen en la filosofía cristiana hasta nuestros días, y es quizás ésta una prueba histórica de que la verdad de la religión cristiana no es extraña a la razón del hombre, sino que, por el contrario, ella revela su origen más profundo.

El agustinismo, miniatura de Niccolò de Bolonia, final del siglo XIV.





René Descartes. Óleo de Frans Hals. Museo del Louvre, París.

La filosofía en la modernidad

La influencia de la filosofía no es menos importante en la modernidad. Por el contrario, podemos decir que la modernidad es la edad de los filósofos. Pensadores como Descartes, Spinoza, Hume, Leibniz, Locke y Kant darán cuenta de sobra de ello. Es que con la modernidad comienza la aventura más osada de la razón. La razón comenzará a expandirse en todas las esferas de la experiencia humana buscando convertirse en el fundamento último de la verdad. Se aplicará al movimiento de la naturaleza, a la historia, al arte, a la moral, y desde ella se criticará la superstición incubada a menudo en las creencias religiosas. Pero este itinerario de emancipación de la razón va a estar acompañado permanentemente por la filosofía, la cual le irá señalando constantemente los límites de su emprendimiento.

Comúnmente se llama filosofía moderna a la que se desarrolla especialmente a partir del siglo XVII, y se toma como primer pensador típicamente moderno a René Descartes. Cuándo finaliza la modernidad es una pregunta vigente hasta nuestros días. No obstante, podemos reconocer el siglo XVIII como el siglo de la modernidad, en el cual la Ilustración y el Enciclopedismo son sus máximas expresiones.

Así podríamos sintetizar el proyecto de la modernidad en la intención de habitar racionalmente el mundo, es decir, poner a la razón como fundamento del conocimiento y la acción. Sólo en un mundo donde impere la razón, los hombres pueden vivir en libertad.

El hombre moderno es el primero que se anima a construir un mundo en el que todos y cada uno de los hombres puedan vivir libremente. En este sentido, ya Descartes sostenía que "el buen sentido es lo mejor repartido del mundo". Esta idea fundacional de la modernidad será posteriormente desplegada por los filósofos de la Ilustración, y tendrá su punto de eclosión social y política en la Revolución Francesa.

Podríamos resumir las características principales de la modernidad de esta manera:

1. Cada hombre es libre (autónomo) en tanto es capaz de pensar y actuar según principios racionales. De este modo se va colocando paulatinamente a la razón en el centro de la escena moderna. El sujeto racional es el eje a partir del cual se organiza el saber, la ciencia, el arte y la moral. Se confía en ella como la fuerza transformadora de la sociedad y de la historia.

2. Esto implica la supremacía del sujeto frente a la naturaleza. El mundo de la libertad es el ámbito donde se deliberan y resuelven las producciones humanas más elevadas (ciencia, arte, moral, religión, filosofía); mientras que el mun-

do de la naturaleza es el ámbito del determinismo, un universo con leyes fijas, donde el azar no existe.

3. Se separan los distintos ámbitos de la cultura, ciencia, ética, arte, cada uno con su objeto propio. Cada esfera aborda sus cuestiones en forma específica.

4. Se desarrolla una profunda crítica en torno de los fundamentos de la religión y de las bases irracionales de nuestras acciones y pensamientos. La idea de Dios se ve sometida, de este modo, a uno de los exámenes más hondos.

La filosofía contemporánea

En las últimas décadas del siglo XX se ha comenzado a hablar insistentemente de **posmodernidad**. La posmodernidad denomina una época que ya no estaría comprendida dentro del proyecto moderno y, más aún, que en gran parte sería la consecuencia de su fracaso, de la desilusión respecto de la posibilidad de realización de los ideales de la racionalidad moderna.

La posmodernidad se caracteriza por un profundo escepticismo que ve caer los ideales utópicos, los grandes relatos históricos y los centros de identificación ideológicos. Este escepticismo, llevado al extremo, introduce una profunda crítica en las instituciones modernas y deja al individuo librado a su propia y solitaria libertad.

Hasta el presente, no podemos saber si la posmodernidad incuba una alternativa respecto del mundo moderno o sólo vive parasitariamente de él. Lo que sí parece comprobarse es que seguir pretendiendo generar alternativas para un mundo diferente sólo con una posición escéptica no resulta suficiente.

No obstante, este debate entre modernidad y posmodernidad, en vísperas del siglo XXI nos permite hablar lícitamente de filosofía contemporánea. Es decir, de un pensamiento filosófico que ha sabido detectar los problemas cruciales de su época y ha creado un modo propio de plantearlos y responderlos.

Echando una mirada sobre la filosofía del siglo XX, Karl Otto Apel, filósofo alemán que es profesor en la Universidad de Frankfurt, indica que: "Hay suficientes datos que sugieren que actualmente la racionalidad está sometida a un profundo cuestionamiento".

La radicalidad de ese cuestionamiento es lo que brinda a los contemporáneos la posibilidad de inaugurar una nueva época en la historia de la filosofía.

Los aportes de la fenomenología, de la hermenéutica, de la filosofía analítica, para mencionar sólo las más importantes corrientes de pensamiento, han ido brindando a la filosofía contemporánea un contenido propio altamente valioso en sus planteos y debates.

Esta problemática contemporánea, como iremos viendo en cada uno de las secciones siguientes, se despliega a través de las distintas ramas de la filosofía. Nosotros lo veremos de manera especial en la antropología filosófica, la ética, la teoría del conocimiento y la metafísica.

Pensadores como Scheler, Husserl, Heidegger, Russell, Wittgenstein, Levinas, Maritain, Sartre, el mismo Apel, los más importantes entre muchos otros, le han dado a la filosofía de este siglo una variedad de enfoques tan amplia como para no poder encerrarla en ninguno de ellos y, por el contrario, poder avivar constantemente el debate y la vida del pensamiento.



El pensador, de Rodin.